



Gustavo Martín Garzo

La ofrenda



Galaxia Gutenberg

GUSTAVO MARTÍN GARZO

La ofrenda

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero de 2018

© Gustavo Martín Garzo, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 116-2018
ISBN: 978-84-16734-85-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Como propietario de esta obra grande y delicada, estoy indefenso frente a cualquier ataque serio. La dicha de poseerla me ha ablandado, la delicadeza de la obra me ha hecho delicado a mí, sus lesiones me duelen como si fueran mías.

FRANZ KAFKA,
La construcción

I

La Construcción

No es bueno que los árboles crezcan solos, rodeados de sombras; es necesario que tengan guardianes y servidores.

Popol Vuh,
libro sagrado de los mayas

Llegaste a Taboada un día ya remoto de tu vida. Eras muy joven y debías atender a una anciana de frágil salud que te había contratado a través de un despacho de abogados de Madrid. El trabajo estaba muy bien pagado y tu intención era pasarte allí unos meses y ahorrar un poco de dinero, en aquella isla situada en el otro extremo del mundo no tendrías mucho que gastar. Huías de una relación tempestuosa a la que no sabías poner fin. Una de esas relaciones que hacen de la vida de una pareja lo más parecido al infierno en la tierra. Pero ha pasado el tiempo, mucho tiempo, y sabes que nunca volverás. No lo dices con tristeza, pues lo que has vivido en esta isla es tan extraordinario que en ningún otro sitio habrías podido encontrar nada igual. No hablas de felicidad, pues sabes que algo así no existe. Hay una frase que oíste una vez en un bar y que te gusta mucho: «Buscamos la felicidad, pero sin saber dónde, como los borrachos buscan su casa, sabiendo que tienen una».

Digamos que la borracha que tú eras encontró por fin ese hogar que todos buscamos cuando oscurece.

Piensas en esto mientras contemplas uno de los canales que se internan en la casa. Nacen en el estanque y se ramifican por todas las habitaciones de esta parte de la propie-

dad, donde sólo tú puedes entrar. La humedad es grande, pero te has acostumbrado a ella. Además, él necesita esa humedad, como necesita la oscuridad y ese mundo de raíces, limo y plantas acuáticas en que vive. Durante el día suele estar en la torre. Tú antes ibas allí a menudo, pues aunque la entrada está bajo el agua y hay que acceder a ella buceando, la parte alta se eleva sobre la superficie y es posible respirar en su interior.

Hace mucho que no nadas, que no te sumerges en la laguna, a causa de los males que te acosan, y es él quien va a verte. Suele hacerlo a la caída de la tarde, cuando todo está quieto y los pájaros se han callado. Es increíble la cantidad de pájaros que hay en la isla. Enloquecen al atardecer y sus cantos y chillidos se mezclan con los gritos lejanos de los monos y los otros animales de la selva. Cuando se hace el silencio, pones música en el tocadiscos y te dispones a esperar. Son tus momentos preferidos. La música le hace abandonar la laguna y entrar en la casa a través de los canales. Sus piezas preferidas son los madrigales de Carlo Gesualdo. La música repetitiva e hipnótica que aquel príncipe maldito escribiera para aliviar el peso de sus pecados prolonga el mundo líquido y de tibias adherencias en que vive tu amigo y no tarda en acudir a su llamada. Sientes entonces sus chapoteos por el canal, su respiración cuando emerge del agua y su andar cauteloso por el salón mientras se acerca a ti, que permaneces sentada dándole la espalda, pues no le gusta que le miren. Y no tarda en acompañar la música con gemidos. No hay nada comparable a esos gemidos. Son la pureza, la inocencia, recuerdan el afecto simple y fácil de los niños y los animales. Pero ¿acaso sabemos qué es la inocencia?

Tu llegada a la isla fue el mes de noviembre de 1963. Recuerdas la fecha exacta porque en esos días el mundo entero estaba conmovido por el asesinato del presidente Kennedy. El viaje fue interminable, un vuelo lleno de escalas que te llevó a Ciudad del Cabo y finalmente a Durban, a orillas del océano Índico. Allí tuviste que esperar cerca de un día hasta que una avioneta fuera en tu busca para llevarte a tu destino. Volasteis dos horas por encima del mar hasta divisar Taboada, una pequeña isla de origen volcánico situada al sur de Madagascar. Grandes pájaros, cuyos nombres desconocías, pasaron como sombras junto a vosotros. Se dirigían a los acantilados donde hacían sus nidos. El piloto era un hombre de unos cincuenta años, que enseguida te tomó bajo su protección. Se lo agradeciste, pues a esas alturas, agotada por el viaje, todo aquello te parecía un completo disparate. Te contó, en perfecto francés, que la isla había sido descubierta en el siglo XVII por un marino gallego que le había puesto el nombre de su pueblo. Los nativos hablaban una extraña jerga en que se mezclaba el francés con el criollo. Vivían de la pesca y de la caña de azúcar. Le preguntaste si conocía a Rose Hansson, la dama a quien debías cuidar, y te dijo que sí, aunque apenas tenía trato con ella. Contrataba sus servicios para que le trajera paquetes y cartas del continente que en alguna ocasión ella iba personalmente a recoger, eso era todo. Los nativos la respetaban, pues sostenía con su dinero un dispensario médico y la escuela del pueblo. Pero también la temían y circulaban muchas historias sobre la inmensa hacienda en que vivía encerrada, y en la que nadie podía entrar. Los nativos la llamaban *La Construcción*. No sé qué ha venido a hacer aquí, añadió, éste no es un buen lugar para una joven.

Estaba atardeciendo y en Taboada no había nadie al aterrizar. El aeropuerto constaba de una nave de madera carcomida por la humedad y de una línea eléctrica que colgaba de una hilera de frágiles postes. La pista era de tierra y estaba cubierta de hojas que la luz del sol teñía de rojo. Un joven negro se acercó al veros descender de la avioneta. Era el encargado de llevarte a la hacienda de Rose Hansson. Tenías el estómago revuelto y te habrías tomado con gusto algo caliente, pero el joven tomó las maletas y te pidió que le siguieras. Lo hiciste sin protestar, pues era altamente improbable que pudieras hallar por allí algo parecido a un café. En los postes de la electricidad estaban posados decenas de pájaros negros. Agitaban levemente las cabezas y emitían pequeños ruidos, como si se estuvieran diciendo cosas en su lenguaje de pájaros. Pasasteis a su lado sin que interrumpieran su delicada cháchara. No llores, no llores, ibas repitiéndote porque en ti no había nada, sólo un vacío que había crecido sin parar desde el inicio del viaje. El coche era un todoterreno de color oliva que parecía sacado de una de esas viejas películas de safaris de hombres blancos por las llanuras africanas. ¿Qué lugar era aquél, qué te había hecho recorrer más de nueve mil kilómetros para llegar hasta allí? Aún resonaban en tus oídos las palabras de aquel piloto: Éste no es un buen lugar para una joven.

Todo había empezado un año antes por un anuncio en el periódico donde se solicitaban los servicios de una enfermera española para cuidar a una anciana. El trabajo exigía viajar a una isla remota, situada al este de Madagascar. Recortaste el anuncio, que incluía el número de teléfono de un despacho de abogados de Madrid, porque

ya habían empezado tus problemas con Gonzalo y fantaseabas con la idea de refugiarte en un lugar remoto donde no te pudiera encontrar. Pero el recorte quedó olvidado en las páginas de un libro y sólo un año después, ya en plena crisis amorosa, una tarde de desdicha –a esas edades todos los amores son desdichados–, lo volviste a encontrar. Acababas de estar con una amiga hablando de tu relación con Gonzalo y de tu deseo de romper con él, y a tu regreso a casa, al ver el recorte sobre la mesa, decidiste llamar a aquel número.

Te atendió uno de los socios del despacho. Era un hombre amable, con una voz sosegada y viril que no pareció extrañarse de que tu llamada se produjera varios meses después de la publicación del anuncio. Te preguntó si sabías que el trabajo te obligaría a desplazarte al otro extremo del mundo y le dijiste que sí. También quiso saber si tenías experiencia en atender a personas ancianas y volviste a contestarle afirmativamente. Luego te explicó que ellos eran los representantes legales de Rose Hanson, la anciana que requería tus servicios, y que en caso de interesarte el trabajo se encargarían de redactar el contrato y de realizar las gestiones del viaje. El contrato te obligaría a permanecer un mínimo de seis meses en la casa, pasados los cuales podrías decidir si querías continuar o no. Todo aquello era muy raro, y pensaste en esas historias de jóvenes incautas que caen en manos de oscuras mafias que las obligan a prostituirse, pero la curiosidad te hizo no colgar el teléfono y seguir escuchando.

El sueldo era tres veces superior al que ganabas en el hospital, y todos los gastos, desde el viaje hasta el alojamiento y la manutención, estaban pagados, por lo que en un año podrías regresar con más dinero del que habías tenido nunca. La misteriosa dama, siguió contándote

aquel hombre, residía en una mansión situada en las orillas de uno de los lagos volcánicos de la isla. Había vivido allí con su marido, un conocido científico, y a su muerte, en vez de regresar a Europa, había decidido permanecer donde había sido feliz. Ésa fue la expresión que utilizó, que en aquel lugar había sido feliz, como si todo lo supiera de la misteriosa dama que representaba. Finalmente, te pidió que les enviaras una carta con una fotografía reciente, un pequeño currículum y una breve descripción de por qué te interesaba el trabajo.

Colgaste el teléfono decidida a no volver a pensar en todo aquello, pero esa noche no pudiste dormir. Te levantaste a beber agua. La luz dorada de las farolas de la calle entraba por las ventanas y te detuviste a contemplar tu casa. Apenas te habías ocupado de ella en esas últimas semanas y, sucia y llena de polvo, era la imagen de la infelicidad. Sabías reconocerla pues llevabas meses sintiéndote infeliz. Y volviste a pensar en aquel trabajo y en qué podías perder si lo aceptabas. Tenías veintitrés años, ¿qué sabías tú del mundo?, ¿por qué pensabas que en él ya no había lugares para ti? Esa misma mañana, antes de ir a trabajar al hospital, te dirigiste a correos para enviar la fotografía y el currículum con tu corta vida profesional que los abogados te habían pedido. Al llegar al punto en que debías justificar la razón que te llevaba a solicitar el trabajo estuviste tentada de escribir: salir de aquí es lo único que quiero.

Sí, porque aquella ciudad se había transformado en un infierno a causa del hombre del que te habías enamorado. Era médico y trabajaba en el mismo hospital que tú. Pero tras unos meses de impaciencias del corazón, todo lo que habíais construido juntos se había esfumado. Y no sabías cómo abandonar las ruinas que quedaban. «Bienaventura-

dos los mansos de corazón porque ellos heredarán la tierra», ¿qué significaba una frase así? Tú de la tierra sólo heredabas la tristeza. Tras dos meses sin veros, Gonzalo se presentó una noche en tu piso completamente borracho para pedirte que te casaras con él. Le dijiste que si había perdido la cabeza y con mucha paciencia lograste convencerlo de que se fuera a su casa. Pero quién sabe lo que podía pasar si volvía a pedirte. Era como si te hubiera dado a beber un filtro que anulaba tu voluntad y todo lo que te pidiera se lo tuvieras que dar. No te reconocías a ti misma. Tal era el problema de entregar a alguien tu corazón: nunca sabías lo que te ibas a encontrar en él cuando te lo devolviera.

De niña habías sido una persona sensata, mucho más madura de lo que correspondía a tu edad. No habías dado problemas en el colegio y sacaste excelentes notas en la carrera, pero tu nivel de madurez disminuía a medida que pasaban los años. Nunca te has llevado bien con el tiempo. Un amigo de juventud, una tarde de confidencias, te dijo que tu problema era que siempre andabas a la búsqueda del padre que no habías tenido. ¿Era eso lo que habías buscado en Gonzalo, un padre que te protegiera? En tal caso erraste por completo y lo que hiciste fue meter en casa a un asesino. Y hay asesinos que aman a sus víctimas. Son los peores, no hay forma de escapar de ellos.

No habías tenido padre porque fuiste el fruto no deseado de una relación juvenil de tu madre. Sucedió en un viaje que hizo con unas amigas. Se acostó con un italiano y se quedó embarazada. No volvió a ver al chico, del que apenas conocía su nombre, pero sus padres eran muy católicos y se negaron a que abortara. Y ella aceptó. Esto

cambió su vida, pues nunca te quiso, o lo hizo de una manera hosca y resentida, como suelen querer los seres que son desgraciados. Habías llegado a su vida sin que ella lo hubiera pedido y nunca te lo perdonó. Tu infancia siempre estuvo llena de reproches, de culpas inabordables, de una dulzura feroz. Recuerdas que ese amigo al que tanto le gustaba psicoanalizarte te dijo una tarde que, debido a esos conflictos tempranos, habías tenido que elegir muy pronto entre convertirte en un demonio o en volverte una santa. Y que habías elegido lo segundo. Pero no, tú no eras una santa. Sólo uno de tantos seres heridos que buscan una redención. Pero ¿acaso hay redención?

Pensabas en esto mientras Bardamu, que así se llamaba el joven que te había ido a buscar al aeropuerto, conducía el todoterreno por una carretera que se internaba en la selva. La oscuridad descendió de golpe sobre la tierra. En aquel lugar no parecía existir el crepúsculo, y el paso del día a la noche era repentino como la muerte. El coche era muy viejo y sus luces apenas iluminaban el asfalto, que las raíces de los árboles habían reventado en varios sitios. En la parte trasera del coche había algo suelto que hacía un ruido extraño al entrechocar con la carrocería. Parecía un pájaro batiendo las alas.

La oscuridad no duró mucho tiempo porque enseguida visteis una orla de luz plateada y, finalmente, apareció en el cielo una luna llena magnífica. Bardamu conducía cómicamente inclinado sobre el volante, como un niño que se hubiera llevado a escondidas el coche de sus padres y aprovechara la noche para fugarse. Habías tratado sin demasiado éxito de comunicarte con él, ya que hablaba un francés deformado por el habla original de la isla,

que te resultaba casi incomprensible. En el aeropuerto te había entregado una nota del administrador de la hacienda en que te daba la bienvenida a la isla. Se llamaba José Ferreira y te decía que esa noche dormirías en La terre blanche, el hotel que había en el pueblo, y que tendrías los días siguientes para descansar y conocer los alrededores. Bardamu estaría a tu entera disposición con el coche hasta que miss Hansson te recibiera el jueves por la mañana. Era domingo por la noche y no entendías por qué se te había hecho viajar con tanta prisa si tendrías que esperar tres días más para empezar tu trabajo. Los árboles unían sus ramas por encima de vosotros formando un denso túnel que cubría la carretera. Las ramas estaban llenas de pequeñas luces, como una lluvia de estrellas. Eran luciérnagas. Nunca habías visto tantas ni tan brillantes. Habías leído que su luz era una llamada de los machos para aparearse, y envidiaste secretamente a las hembras que respondían a esa llamada. ¿Qué sería acercarse a un cuerpo que desprendiera una luz así?

Abandonasteis la impenetrable masa vegetal para tomar un sendero que discurría junto al acantilado, y desde allí descendisteis a una profunda depresión. Había sido rellenada con enormes bloques de piedra, con arcos abiertos en el fondo para la conducción de agua. La carretera era una hermosa obra de ingeniería. Tras cruzar un puente de piedra, os adentrasteis en un bosquecillo de árboles plateados como nunca habías visto antes. Un arroyo se precipitaba entre las rocas, y el agua al caer se transformaba en una neblina que se perdía entre la vegetación como olas de vapor ondulado por el viento. Aquella tierra se había formado con lava descompuesta que con el paso del tiempo se había convertido en un receptáculo de semillas depositadas por el viento y los pájaros. Visteis

cabañas y pequeñas huertas salpicadas de palmeras. Los cocos entre las ramas semejaban cabezas humanas. Y visteis por fin las luces de Ucanha, vuestro destino. Era la pequeña capital de la isla, situada a orillas de un lago redondo, hundido en la tierra como una poza. Bardamu te señaló una mansión. Estaba separada del resto del pueblo, rodeada por un denso jardín y un muro de piedra. En su fachada asimétrica se mezclaban la madera y el ladrillo. Tenía un aspecto inquietante, como si guardara la memoria de oscuras historias de otro tiempo. Bardamu te dijo algo que no entendiste bien, pero pronunció por dos veces el nombre de Rose Hansson, y supiste que era allí donde vivía la dama que te acababa de contratar.

El pueblo estaba en una amplia ensenada y recorristeis su calle principal sin cruzaros con nadie. Al acercaros al lago, y junto a un pequeño muelle de madera donde estaban las barcas, amontonadas como conchas, visteis un pequeño local con las luces encendidas. Había varios hombres bebiendo en el exterior. Todos eran negros menos uno. Volvieron la cabeza atraídos por el ruido del motor. Parecían un grupo de animales disfrutando del descanso, estirando perezosos sus extremidades y sus cuerpos para buscar la postura del sueño. El hotel estaba situado en lo alto, sobre unas rocas que colgaban sobre la laguna. Era mucho más confortable de lo que habías imaginado y monsieur Pauvel, su dueño, se expresó al recibirte en un perfecto francés. Te preguntó si querías algo de cena y le dijiste que no, pues tenías revuelto el estómago a causa del traqueteo del coche. Bardamu te acompañó con las maletas hasta la habitación. Antes de irse, se quedó mirando los muebles con una expresión de desconcierto, como si viera cosas que tú no veías.

La habitación era pequeña, pero estaba arreglada con gusto y tenía un baño con ducha, lo que agradeciste. Las ventanas del cuarto daban al lago y lo estuviste contemplando mientras fumabas. La luna llena se reflejaba en el agua como la corola blanca de una flor. Aún perduraba en ti la inquietud que te había producido la misteriosa mansión. Su extraña silueta, tan ajena al lugar que la rodeaba, el alto muro de piedra que la aislaba, su orgullosa soledad. La mansión debía de datar como mínimo de finales del siglo XIX, por lo que Rose Hansson, por muy mayor que fuera, no podía ser quien había ordenado construirla. ¿Quién lo había hecho? Rose Hansson poseía una gran fortuna, ¿por qué estando enferma permanecía en aquel lugar alejada de todos en vez de regresar a su patria, donde habría podido contar con todas las atenciones que requería su delicado estado de salud?

Ya en la cama, mientras el sueño te iba invadiendo, volviste a rememorar las extrañas circunstancias que habían rodeado tu viaje. Pensaste en el recorte que habías guardado sin saber por qué, y en los acontecimientos que tuvieron lugar tras tu llamada a los abogados. Porque apenas habían pasado unos días de aquello cuando te pasó algo en la piscina donde ibas a nadar. Siempre te ha gustado nadar, y siendo una niña llegaste a participar con éxito en competiciones nacionales. Tenías un gran futuro como deportista, y todos te animaban a que continuaras, pero al llegar la adolescencia te aburríste de los tediosos entrenamientos y decidiste cambiar las aguas cloradas de las piscinas por las más excitantes de las promesas y caricias de los chicos. Tras tu ruptura con Gonzalo, recuperaste esa vieja costumbre y cada día acudías a nadar. Lo hacías tarde, cuando la piscina estaba vacía. Te gustaba nadar sola, que nada perturbara un ritual que cumplías

repitiendo hasta el agotamiento los mismos gestos, recorriendo la misma distancia hasta que tu cuerpo parecía confundirse con el agua que te envolvía y tus pesares desaparecían. La laguna del olvido, eso fue aquella piscina para ti.

Y una de esas tardes, al salir de la piscina, sorprendiste a la encargada discutiendo con un hombre que andaba por las instalaciones vestido de calle. El hombre se alejó a toda prisa al sentirse descubierto y a través de las grandes cristalerías que os separaban de la calle le viste perderse entre los árboles. Caminaba muy recto, llevando con delicadeza una cámara de fotos en las manos, como si guardara en ella un líquido misterioso y temiera que se pudiera derramar. La encargada fue a verte al vestuario y te dijo que tuvieras cuidado, que había sorprendido a aquel hombre haciéndote fotografías mientras nadabas.

Al llegar a casa, te faltó tiempo para coger el teléfono y llamar a Gonzalo, pues ¿quién sino él podía encargarse a alguien que te espíara? Gonzalo lo negó todo, pero estabas acostumbrada a sus mentiras y le dijiste que te dejara en paz, que se olvidara de ti. Deseabas escapar de aquella ciudad, que otras personas y otros lugares se hicieran reales mientras lo que habías vivido esos meses se transformaba en un sueño. Dos o tres días después recibiste una llamada del despacho de abogados para decirte que habían estudiado tu solicitud y que el trabajo era tuyo. Debías viajar en un par de días a Madrid para firmar el contrato y recibir las últimas instrucciones y, si estabas de acuerdo, como esperaban, saldrías para la isla en una semana. Aquellas prisas te desconcertaron. Llevaban semanas sin dar señales de vida y de pronto te llamaban para decirte que debías viajar de un día para otro a una isla que estaba en el otro extremo del mundo.

Y reparaste en lo raro que era que esa llamada se hubiera producido sólo unos días después del episodio con el fotógrafo. ¿Eran ellos quienes le habían encargado espiarte? En ese caso, ¿para qué? Estabas muy nerviosa y la idea de haber sido injusta con Gonzalo, culpándole de algo de lo que no era responsable, te hacía sentirte mal. Te había hecho sufrir, se había mostrado desconsiderado y hasta cruel, pero eso no te daba derecho a ser injusta con él, al fin y al cabo os habíais amado, no importa que de una manera atroz. Y recordaste cuánto te preocupabas por él los primeros meses de conocerlo. Te despertabas en plena noche y te preguntabas si estaría bien, si habría apagado el gas, si en caso de estar de viaje no se dormiría conduciendo y tendría un accidente. De muy joven, cuando un chico te gustaba, estas preocupaciones te impedían vivir y si tardabas en verle te daba por pensar si no habría desaparecido del mundo, o si acaso cuando volvierais a encontraros no te reconocería. Con Gonzalo te había pasado lo mismo y aún seguías recordando la tarde en que te había dicho: Ven a vivir conmigo y sé mi amor.

Al salir de la piscina te quedaste contemplando el agua que aún temblaba por tus movimientos. Habías leído una novela en la que una mujer iba a nadar y, agobiada por sus penas, pensaba que lo hacía en una piscina de lágrimas. Y te pareció que la piscina a la que ibas cada tarde también estaba formada con las lágrimas que habías vertido en esos últimos meses.

Esa misma noche, llamaste a una amiga y le pediste que hablara con su novio, que era abogado, para que se informara de si el despacho de Madrid era de fiar. No le explicaste por qué se lo pedías, pero cuando os visteis al día siguiente te hizo contárselo todo. El despacho era muy conocido en Madrid y ofrecía todas las garantías,

pero tu amiga te aconsejó no firmar el contrato. Aquel trabajo te obligaría a viajar al otro extremo del mundo sin saber nada de la persona que te había contratado, y en caso de necesitar ayuda no tendrías a quien recurrir. Y aquí quién me ayuda, estuviste a punto de decirle. La acompañaste a casa y de regreso a la tuya estuviste pensando en tu vida. Tenías el alma enferma, como si hubieras sido víctima de una maldición. Las calles estaban vacías y hurgando en las bolsas de basura viste a una mujer de edad. Te sorprendió lo bien vestida que iba y que no se avergonzara de que la vieras así. Incluso se volvió hacia ti con una sonrisa de complicidad, como si te dijera: Hay que vivir, ¿verdad? Tomaste el camino de la playa. La gente llevaba miles de años diciendo que el mundo estaba fatal, pero eso no les impedía seguir viviendo. El paseo estaba lleno de tamarindos. Algunos eran jóvenes pero otros llevaban años allí, aguantando las mayores inclemencias. Sin embargo, estaban florecidos. ¿Podías tú ser como ellos?

La terre blanche, ¿por qué el hotel tenía ese nombre? Acababas de ducharte y para acostarte elegiste tu camisón más bonito. No sabías por qué habías metido aquella prenda en la maleta, ¿acaso esperabas tener alguna aventura romántica en aquel lugar? Te quedaste mirando la oscuridad. Las masas de los árboles se mecían suavemente y se oían los gritos de los animales nocturnos. No parecía un lugar adecuado para vivir un romance. Aun así, te pusiste el camisón. Por qué lo haces, te dijiste ante el espejo, si nadie te va a ver. La luna, que momentos antes se había ocultado, asomó entre jirones de nubes iluminando la superficie del lago que brillaba como una pista de baile.

Más allá, y a lo largo de la orilla, se distinguían las luces de las casas. Entre las sombras del jardín creíste atisbar una silueta erecta, pero lo que te había parecido una figura humana era sólo oscuridad. Era raro pensar en la de cosas y personas que se dejaban atrás, que permanecían inmóviles en nuestro pasado extraviadas en las criptas del tiempo. No vengáis aquí, les dijiste a las figuras de ese pasado, no tengo nada que daros.

Ya en la cama, mientras tratabas de conciliar el sueño, recordaste algo que te había pasado durante tu escala en Ciudad del Cabo. Esperabas la salida del próximo vuelo, cuando un joven negro, guapo y educado, te ayudó con las maletas. Fuisteis a la cafetería y estuvisteis hablando. Era médico y vivía en Francia, iba a Isla Mauricio. Había pasado allí su infancia y volvía siempre que podía a ver a su familia. Henri, que así se llamaba, no paraba de hablar. Era de esos hombres que no pueden resistirse a los encantos femeninos, que te miran como si fueras un cucurucho de miel. Y hacía tiempo que nadie te miraba así, lo que te gustó. Habías pedido un café y al ir a coger la taza tiraste el vaso de agua que había a su lado. Ni los objetos inanimados están a salvo de ti, te dijo Henri riéndose.

Luego te contó la triste historia de los dodos, unas aves que vivieron en su isla y que se habían extinguido dos siglos atrás. Ahora formaban parte del escudo nacional. Eran unas aves grandes, rechonchas, un poco mayores que un pavo. Con las alas demasiado pequeñas para volar y con las patas demasiado cortas para correr, se movían y andaban con suma torpeza. Aquella isla no había sido jamás hollada por el hombre, pero un buen día los barcos empezaron a detenerse en sus costas. Y los marineros que bajaban a tierra en busca de agua y alimentos

no tenían dificultad para capturar a los torpes dodos. Muchos fueron muertos y llevados a los barcos, donde se los comían con fruición, pues su carne era muy sabrosa. Luego, la isla empezó a poblarse y los nuevos colonos también se comían a los dodos. Y lo mismo hicieron los perros y los cerdos que la gente llevó a la isla. Pero los dodos seguían sin asustarse. Eran muy bondadosos y se acercaban a los nuevos habitantes de la isla y se los quedaban mirando, como si todo lo que hacían les interesara. Y éstos los capturaban sin esfuerzo y no tardaron en acabar con todos.

Oísteis anunciar por los altavoces la salida del vuelo y Henri se despidió de ti. Te dio una tarjeta con su dirección y su teléfono de Francia. Llámame si alguna vez pasas por París. Y añadió, con una sonrisa cautivadora: Al amor hay que despertarlo.

Los dos días que siguieron los dedicaste a conocer la isla. Bardamu te iba a buscar al hotel y os pasabais el día deambulando por los alrededores. El aire era caluroso y húmedo por la salinidad del ambiente, y el sudor enseguida te empapaba la ropa. Sólo había una carretera que mereciera ese nombre, y recorría la isla de este a oeste. El resto eran caminos sin asfaltar por los que no siempre era fácil desplazarse, especialmente cuando llovía y el suelo se llenaba de barro. El primer día descendisteis por la carretera reluciente a causa de la lluvia de la noche, entre susurrantes muros de caña de azúcar, hasta llegar a un pequeño pueblo con casas de latón y madera, donde se veían grupos de mujeres envueltas en sus saris multicolores, rodeadas de niños, pollos, cerdos y otros animales. Vivían pobremente, pero no parecían infelices sino con-

formes con lo que tenían. Te preguntaste qué sería vivir allí, ser una de esas mujeres y cuidar de aquellos niños delgadísimos. Qué sería verles crecer en el bosque, dueños de secretos que los niños de las ciudades nunca poseerían.

Un poco más allá os sorprendió una lluvia repentina, tan torrencial que tuvisteis que deteneros hasta que cesó. Tras la lluvia el bosque se llenó de vapor. Cuando os pusisteis de nuevo en marcha apenas veíais nada. La lluvia lo había empapado todo, y de las ramas de los árboles el agua seguía cayendo como si sus hojas se estuvieran disolviendo. Luego, también de forma repentina, el sol se abrió paso y el cielo fue adquiriendo una luminosidad azul pálida y las nubes se volvieron planas y blancas como manteles tendidos a secar. Bardamu dijo algo de su pueblo, y entendiste que no debíais de andar muy lejos de él. Muy pronto viste aparecer sus humildes casas entre huertas y palmeras cocoteras. Todos estaban en la calle pues se celebraba una fiesta de origen hindú, llena de alegres colores. Luego sabrías que hay muchos indios en Ta-boada. Chinos e indios llegaron a la isla a mediados del siglo XIX, cuando la esclavitud fue abolida y se necesitaba mano de obra para recolectar la caña de azúcar. Habían formado dos círculos para danzar. Las mujeres estaban en el centro y los hombres permanecían estáticos mientras ellas se movían agitando brazos y manos, radiantes en sus vestidos multicolores. En el centro del pueblo había una higuera enorme. Habían cubierto su tronco de flores y telas y los niños corrían a su alrededor mientras sus hojas temblaban como velas negras. Todo el pueblo desprendía una fragancia a frutas y flores.

La madre de Bardamu se empeñó en que os quedarais a comer. Lo hicisteis en el patio, engalanado por tapices trepadores de buganvillas. Comisteis un plato muy sabro-

so hecho con arroz basmati, especias y carne. Te sentías muy feliz porque, a fuerza de escucharlos, empezabas a entender algo de lo que decían. En Taboada hablan el criollo, una mezcla de francés y de otros idiomas africanos. El criollo es una lengua menos reflexiva que el francés. Por ejemplo, para decir *comment vas-tu?*, ellos dicen *ki manyére?*, y *je vais bien* lo convierten en *mo byan*. Le preguntaste a Bardamu cómo se decía *je t'aime* y te contestó que *mo content twa*. Quién sabe, te dijiste con tristeza, a lo mejor encuentro a alguien en esta isla que me lo diga al oído. La hermana pequeña y una de las primas de Bardamu fueron en tu busca y te arrastraron divertidas a la playa. La arena era increíblemente blanca y sentiste no haber llevado el traje de baño. Te descalzaste para entrar en el mar, el agua era transparente y estaba casi tan caliente como el agua de la ducha. Se veían en el fondo los arrecifes de coral poblados de infinidad de peces.

Paseasteis entre un grupo de palmeras. No eran como las otras palmeras, sus troncos hinchados en su base les daban aspecto de hombres barrigudos. En lo alto, las hojas brotaban como una fuente de color verde y cuando la brisa las movía se diría que os estaban saludando. En el tronco de una de ellas, las niñas habían construido un pequeño altarcito con pétalos, trozos de cristal y cantos rodados. La familia de Bardamu era católica, pero las niñas jugaban a hacer altarcitos entre las piedras y las raíces de los árboles, a la manera hindú. Te estuvieron ayudando a hacer el tuyo. Lo hicisteis en una roca con piedras, conchas y arena que tomasteis de la playa. Y os arrodillasteis juntas para decir vuestras oraciones. Por favor, le susurraste al dios desconocido del lugar, cuida de todas las vírgenes de esta isla. Las niñas te miraban de reojo sin poder contener la risa y tú te acordaste de algo que habías

leído acerca del amor. Decía que hablaba como las hadas en los cuentos. ¿Quieres lo incondicionado?, te decía. Lo tendrás, pero irreconocible.

Visteis un grupo de lagartos. Avanzaron sin temor hasta estar muy cerca de vosotras, como si quisieran saber qué hacíais allí. Su piel era de un sobrio color marrón, pero alcanzada por los rayos del sol se llenaba de reflejos que recordaban el arcoíris que se forma sobre una película de aceite vertida a la orilla de la carretera. Ya de regreso, en el todoterreno, le preguntaste a Bardamu por Rose Hansson, pero él se limitó a encogerse de hombros y a sonreír por toda respuesta. Tuviste la impresión de que fingía no entender lo que le decías para no tener que contestarte.

Aquella zona estaba llena de plantaciones de caña de azúcar. Eran cuadrados casi perfectos que descendían por las laderas de las montañas como un manto de cuadros verdes. Un grupo de monos invadió la carretera haciendo todo tipo de piruetas, como niños locos, y desaparecieron al momento en la espesura del bosquecillo haciéndoos dudar de si los habíais visto de verdad. Luego visteis una bandada de periquitos que también se perdieron entre los árboles como por arte de magia. En aquel mundo no podías descuidarte si querías seguir vivo.

El valle estaba bañado de una luz verde y dorada, y en toda la extensión que se divisaba reinaba la calma. Fuis- teis descendiendo hasta la orilla del mar. La lluvia lo había empapado todo. Los charcos resplandecían como espejos, mientras unos pájaros verdes diminutos hacían acrobacias en las copas de los árboles. No tardasteis en ver el mar. Las nubes se amontonaban en el horizonte como una arboleda engalanada de nieve. Os detuvisteis ante una iglesia de tejados rojos. Estaba cerca de la playa,

rodeada de mangos y palmeras, y el contraste entre el color blanco de la arena y el rojo de los tejados picudos la hacía parecer el decorado de un teatro. Un sacerdote se acercó a saludaros. Llevaba una sotana blanca y era un hombre alto y vigoroso, de unos cincuenta años de edad. Era el padre Dubois y se presentó dándote la mano. Hablaba un perfecto castellano. Luego sabrías que había estado varios años en Centroamérica, donde había aprendido el idioma. El padre Dubois sabía quién eras tú y que Rose Hansson te estaba esperando. En aquella isla todos estaban al tanto de tu llegada.

Entrasteis en la iglesia. La luz se colaba por las ventanas laterales inundando el templo de claridad. Los bancos para los rezos estaban perfectamente alineados, como los renglones de los cuadernos escolares de caligrafía. En una de las paredes había un cuadro de san Sebastián. Estaba atado al tronco de un árbol y tenía el torso lleno de flechas. Era un muchacho fuerte pero había en él una vulnerabilidad femenina, como si en su interior una muchacha se estuviera quejando. ¿Quieres que recemos juntos?, te preguntó el padre. Antes de que pudieras contestarle, te tomó del brazo y te hizo arrodillarte junto a él en uno de los bancos, y rezó mirando la luz blanca. Tú llevabas tiempo sin ir a la iglesia y su proceder te desconcertó. Habías sido una niña devota y aún recordabas la intensidad con que habías vivido aquel mundo de velas encendidas, de cabecitas cubiertas con velos, de dulces raptos de amor, pero te habías apartado de todo aquello en la adolescencia.

Te quedaste mirando el cuadro de san Sebastián. Aquél era un mundo de cuerpos heridos, de santas ensimismadas, de pobres muchachas devoradas por la pena. Todas estaban muriendo, ¿cómo podían pensar los cre-

yentes que alguien así les podía ayudar? Tales pensamientos, y el hecho de sentirte tan lejos de cuanto conocías y había sido tu vida, hicieron que tus ojos se llenaran de lágrimas, lo que al padre no le pasó inadvertido. Estás afligida, te susurró, ¿qué has venido a hacer aquí? No pudiste contener el llanto, y las lágrimas, acompañadas de suaves sollozos, corrieron por tus carrillos. El padre te tomó de la mano y, como habría hecho con una niña, te la acarició dulcemente. No hay nadie aquí, te dijo, puedes contarme lo que quieras. Sólo Dios está con nosotros. Yo no creo en Dios, le contestaste, retirando la mano. No era cierto, todavía creías. Aún pensabas que no era posible que hubiéramos venido al mundo para ser desdichados. Dios era el otro nombre del amor. El padre te siguió hasta la puerta y os dirigisteis juntos hasta el coche donde te esperaba Bardamu. Ésta es tu casa, te dijo, puedes venir cuando te sientas sola. Era como si quisiera advertirte de algo que tenía que ver con la isla, con el trabajo que te había llevado hasta allí. Y te acordaste de la frase del piloto, cuando te había dicho que aquél no era un lugar para una joven.

La isla tenía dos volcanes, cuyas laderas estaban cubiertas de vegetación. Las tierras cultivadas y los poblados se concentraban en las tierras bajas. En el océano, parte de la costa occidental estaba circundada por un anillo de arrecifes coralinos, poblado de infinidad de criaturas. Los pescadores de la zona utilizaban como cebos para la pesca de tiburones a perros y gatos vivos.

Al regresar al hotel, estaba anocheciendo. Tras asearte un poco y cambiarte de ropa, bajaste a cenar. Dos grandes ventiladores giraban en el techo del comedor emitiendo

un sonido sordo e hipnótico. Las ventanas estaban protegidas por leves bastidores de gasa que impedían el paso a los insectos. El hotel se levantaba en el centro de un espacioso jardín, entre plantaciones de hibisco, buganvillas y casuarinas, con sus esbeltas y delicadas ramas, y se oía el canto penetrante de las cigarras. Había varias posadas en las ramas más cercanas. Apenas medían tres centímetros de largo, eran de un color verde esmeralda pálido y tenían los ojos dorados.

La luz eléctrica se cortó durante la cena y terminaste con una vela sobre la mesa. Te acordaste de un viaje que habías hecho con Gonzalo al poco de conoceros. Estabais muy enamorados y pasasteis un fin de semana en una playa asturiana. El hotel colgaba sobre las rocas y desde vuestra habitación veíais la playa, solitaria en esas fechas ya que era noviembre. Cuando bajaba la marea, la costa se transformaba en un amplio arenal y se podía cruzar a las playas vecinas. Una de esas tardes la pleamar os sorprendió paseando y cuando quisisteis regresar el agua os cortaba el paso. Cruzasteis como pudisteis y al llegar al hotel estabais completamente empapados. Tú habías pasado mucho miedo, pero Gonzalo estaba excitado por la aventura y se reía sin parar. Le gustaba sentirse tu protector, hacerte ver que a su lado no corrías peligro. Esa noche hicisteis el amor como nunca lo habíais hecho. Fue el momento más bonito que vivisteis juntos. Os habíais duchado al volver de la playa, pero su cuerpo aún estaba salado cuando te besaba, como si acabara de salir del mar.

De regreso a tu habitación, monsieur Pauvel, el dueño del hotel, te entregó un paquete con una nota de Rose Hansson. Te daba la bienvenida a la isla, y te decía que no tar-

daríais en veros. Mientras tanto, concluía, disfrute de este verano interminable. El paquete contenía un pañuelo de seda con dibujos de aves. No tenías sueño y saliste a pasear al jardín. Desde la terraza se veía el mar y estuviste un rato contemplándolo. Se le oía susurrar seductoramente sobre la arena blanca de la playa. Las nubes se habían retirado del cielo y la luz de la luna plateaba las hojas de los árboles. Oíste un gemido estremecedor. Llegaba de lo más hondo de la selva, cuya densa vegetación se confundía con las sombras de la noche. ¿De dónde venía ese gemido? Parecías estar dentro de un sueño. Atrás habías dejado tu vida real, pero esa vida ¿para qué la querías? Sólo te había dado infelicidad. Sonó una música lejana. Procedía de un pequeño embarcadero que había en un extremo de la playa. Era el que Bardamu y tú habíais avistado la otra noche al llegar. Había allí una caseta y, en el exterior, tres o cuatro personas permanecían sentadas plácidamente. Desde la distancia semejaban pájaros negros. Fuiste en busca de Bardamu, al que habías visto momentos antes a las puertas del jardín, junto al coche, y le preguntaste si podía llevarte al embarcadero. Pensabas en el hombre blanco que habías visto a tu llegada, y en que tal vez estuviera también allí esa noche y pudieras hablar un rato con él.

No tardasteis en llegar. Dos negros estaban sentados junto al agua y volvieron la cabeza para mirarte. Otro estaba junto a la caseta, y también volvió la cabeza hacia ti. Lo hizo con indolencia, como si no se extrañara de tu presencia en aquel lugar. En el embarcadero sólo había un barco, el resto eran canoas que flotaban lánguidas en el mar. Un hombre joven, de tu raza, estaba en la cubierta del barco cargando cajas de madera, con la ayuda de dos negros. Te acercaste a saludarlo. Iba sin camisa, a causa

de la humedad, y su torso brillaba por el sudor. Te tendió la mano desde el barco. Se llamaba Christophe Rabouan y era francés. Te dijo que sabía quién eras, que el piloto que te había traído le había hablado de ti. ¿Sabes qué me dijo?, te preguntó seductor. Negaste con la cabeza. Que te cuidara. Te echaste a reír; en aquella isla todos querían ocuparse de ti. Siempre te habían conmovido los hombres que se volvían protectores y tiernos ante las mujeres, que vivían fascinados por ellas. Se comportaban como si conocieran todos sus secretos, pero qué sabían ellos de lo que había en el corazón de una mujer. Se empeñaban en protegerlas de los peligros del mundo sin darse cuenta de que los verdaderos peligros estaban en ese corazón.

Christophe pidió a uno de los negros que cargaban las cajas que le tendiera la camisa y mientras se la iba poniendo os dirigisteis a la playa. El bar estaba entre un grupo de árboles de flores rojas, llameantes. Había llovido hacía poco y las gotas de agua brillaban en las hojas iluminadas por la luz del local como una lluvia de diminutas estrellas. Era una caseta de madera, con el techo de lata, y sobre la puerta había un cartel con el dibujo de un pelícano al que sus polluelos devoraban el pecho. Recordaba una de esas pulperías centroamericanas donde se venden todo tipo de productos. Te sentaste en el exterior, junto a la única mesa que había sobre la arena, mientras Christophe entraba en busca de algo de beber. Volvió con dos vasos con agua de coco, milagrosamente fresca, y una botella de ron. Con ron está mejor, dijo añadiendo a tu vaso un poco del ron tostado que se producía en la isla. No tardó en hacerte efecto y mientras te hablaba no dejabas de mirarle. Tratava de seducirte. Sus pestañas eran largas, casi femeninas, y tenía los cabellos rizados. Nadie va a saber lo que hagas aquí, te decía con la mirada. Te contó su

historia. Había nacido en Isla Mauricio y era hijo de un francés que trabajaba en una empresa dedicada a la exportación de caña de azúcar, y de una isleña. Recorría las islas con su barco comerciando con diversos productos. A Taboada iba sobre todo a por ron, casi siempre a primeros de mes.

Te tocó hablar a ti. Llevabas mucho tiempo sin hablar con nadie y le contaste que eras enfermera y que habías ido a atender a una señora que estaba enferma. Habías sabido del trabajo por un anuncio en el periódico. La señora que te ha contratado ¿es la que vive en la casa de la laguna?, te preguntó. Asentiste sorprendida con la cabeza. La playa estaba bañada por una luz verde y dorada y oías el rumor del mar. Ten cuidado, añadió con una sonrisa, se cuentan sobre esa casa las cosas más peregrinas. Ibas a preguntarle qué cosas eran ésas, pero ya se había levantado de la mesa y tomándote de la mano te arrastró hasta el embarcadero, donde estaba atracado el barco.

Tenía seis o siete metros de eslora y una cabina acristalada para el puente de mando. Todo estaba muy limpio y las piezas de metal relucían como si las acabaran de limpiar. Te estuvo explicando para qué era cada cosa. Hablaba de su barco como si fuera un compañero de vida. Abajo estaba la bodega y el pequeño camarote donde dormía y pasaba su tiempo, pues el barco le servía también de vivienda. Te sorprendió ver libros en las estanterías. Eran libros de náutica y de ciencias naturales, en los que se hablaba de la fauna y la flora de la zona. Christophe no te había soltado la mano, y tú no le habías pedido que lo hiciera. Llevabas demasiado tiempo sola y se portaba contigo como si tuvieras algo valioso y esperara que se lo dieras. Pero ¿tenías algo que darle? No, no tenías nada para él.